

TEMPLARIOS Y CATEDRALES rev.

Impulsos espirituales de la época caballeresca

En la penumbra de la Edad Media, la Iglesia cristiana brillaba para el pueblo como una única luz. En el año 380, el Imperio romano había elevado el cristianismo a religión de Estado y la Iglesia había aumentado su poder y su fuerza de forma constante. Los pueblos paganos eran perseguidos y renunciaban, unos tras otros, a sus costumbres anteriores para unirse a la Iglesia, frecuentemente después de un conflicto sangriento.

Las personas que pensaban de manera diferente se convertían en cabezas de turco y eran perseguidas y enviadas al otro mundo. En aquella época, la superstición y la denuncia eran muy habituales; por todas partes se buscaban chivos expiatorios, ya que los desastres naturales, el hambre y las plagas se consideraban castigos de Dios a causa de los pecados. De este modo, ciegos, enfermos, mujeres atractivas, judíos, alquimistas, curanderos paganos o cátaros fueron denunciados, convertidos o asesinados. A los templarios les esperaba también el mismo destino.

La orden de los templarios fue una institución religiosa y militar que contó con el apoyo de la Iglesia, los monarcas y la nobleza. Existió durante 200 años, y en esos dos siglos llegaron a alcanzar un gran poder religioso, militar, económico y político. Es muy posible que ellos fueran los promotores de la construcción de las catedrales góticas. Parece también probable que mantuvieran una estrecha relación con los maestros constructores, y muchos son los que creen que en las piedras de las catedrales los templarios dejaron la huella de un gran secreto. Veamos qué podemos descubrir.

Las catedrales

En un periodo de tres siglos, varios millones de toneladas de piedra salieron de las canteras para ser remolcadas, modeladas, cortadas y esculpidas en la construcción de centenares de iglesias, catedrales, abadías, monasterios y también pequeñas capillas.

El primer templo cristiano de estilo gótico fue **la abadía de Saint-Denis**, que se empezó a construir en 1137, y a partir de aquí surgieron en Francia, y después en todo Occidente, centenares de templos, la mayor parte de grandes dimensiones. Es importante destacar el hecho de que los templos religiosos que se construyeron en un período de poco más de dos siglos superan considerablemente en número a las construcciones religiosas de los siglos posteriores. Y el auge de estos grandes templos coincide en el tiempo con la fundación, consolidación y expansión de la orden de los templarios.

El templo gótico quería ser la imagen del cielo en la tierra, y su arquitectura se proyectaba como la representación de una realidad trascendente.

Las altísimas paredes de las catedrales tenían unos cimientos que llegaban hasta diez metros bajo tierra; eran como las raíces de los árboles, formando un bosque donde el cielo y la tierra estaban conectados. Esto es lo que en lengua celta se denominaba "Goat" (un más que probable origen del término "gótico").

Concebida para ser una representación del Paraíso y la casa de Dios en la Tierra, la catedral gótica se convirtió en el templo de la luz. Los muros oscuros del románico dieron paso a espectaculares vidrieras que dan muestra de una técnica de luminosidad que el ser humano no ha sido capaz de reproducir todavía. La luz y el color formaban un verdadero lenguaje simbólico. Con estos grandes

templos se quería conectar al pueblo con una realidad superior y, seguramente, también transmitirles un conocimiento a través de la simbología, que pudiera actuar sobre ellos e influir en su vida individual y colectiva.

Una de las catedrales góticas más espléndidas, considerada el paradigma del arte gótico, se encuentra a 90 km de París: **la catedral de Chartres**. Rodeada de campos de trigo, surge en la tierra como una estrella, y parece ser así en realidad, porque esta catedral tiene la peculiaridad de que, junto con otros templos góticos de los alrededores, reproduce en la tierra la figura de la constelación de Virgo con las distancias exactas correspondientes.

La historia de las catedrales en la Edad Media recuerda a menudo a la historia del Fénix, el ave que pasa a través del fuego, muere y renace de sus cenizas y, después de cada incendio, es cada vez mayor y más bonita. Así fue también como el incendio de la catedral románica de Chartres, en 1194, dio paso a la magnífica catedral gótica que conocemos hoy. **Chartres, punto de inicio del Camino de Santiago** en Francia, conservaba una de las reliquias más importantes de la cristiandad: la camisa de la virgen María, que, milagrosamente, sobrevivió intacta al incendio. Para celebrarlo se levantó la catedral gótica con una proyección y ejecución tan rápidas que los historiadores aún no pueden explicárselo. Quién pudo concebir el proyecto de la catedral de Chartres en tan solo seis meses, y cómo se consiguió el dinero para financiarla en tan poco tiempo, así como su rápida construcción, son preguntas que permanecen sin respuesta.

Arquitectónicamente, las catedrales góticas querían conseguir una armonía perfecta, aproximándose al máximo posible a las proporciones áureas. Esto casi se consigue en Chartres, y por ello se la considera la catedral gótica europea más armónica.

Era frecuente que las iglesias se construyeran sobre antiguos templos paganos o espacios sagrados de los druidas (construcciones subterráneas que se remontan a la época megalítica). Chartres había sido un lugar de culto celta a la diosa Belisana, una virgen negra, la diosa de la fertilidad del campo. Cada 21 de junio, día en el que empieza el solsticio de verano, un rayo de sol atraviesa un estratégico huequito en una vidriera para ir a caer sobre una losa blanca precisa, distinta a las demás, en la que hay incrustada una espiga dorada. La espiga de oro era venerada en el templo de Eleusis en la Grecia Antigua, en honor de Ceres, diosa de la agricultura. Y era la estrella Spica (espiga), al aparecer en el horizonte, la que marcaba el momento de la cosecha del cereal. La estrella Spica está en la constelación de Virgo.

Otra peculiaridad de estos templos era la presencia de **laberintos**, como el del pavimento situado en la nave central que se conserva en Chartres. El de Chartres tiene 262 metros y un único recorrido (por tanto, no es propiamente un laberinto) que llega inevitablemente al centro, donde a todas horas inciden diferentes rayos de sol a través de las vidrieras. Todavía hoy se puede ver a los peregrinos recorriéndolo de forma ritual.

Los templarios, los ayudantes silenciosos de las catedrales

Si se lee en los libros de texto algo sobre la historia de las catedrales, se aprende mucho sobre las órdenes de los monjes dominicanos, benedictinos, cistercienses, también sobre el apoyo diligente del rey francés Luis IX, el Santo, que organizó la cruzada infame contra los cátaros, pero nunca se menciona a los templarios. Sin embargo, fueron seguramente los organizadores financieros de las catedrales y quizás también sus inspiradores y constructores secretos.

¿Quiénes eran estos **Caballeros pobres de Cristo** (como se denominaron originariamente)? Las raíces de la orden de los templarios las encontramos en Troyes, capital de la región de Champaña (a 200 km al este de París) en un bosque llamado La Forêt d'Orient (hoy todo ha desaparecido sin

dejar ningún rastro). Fue allí donde Hugo de Payens, que estaba al servicio del conde de Champaña, un poderoso aristócrata, se reunió con ocho caballeros que tendrían por misión proteger a los peregrinos que iban hacia Tierra Santa. Ellos fueron los fundadores de la orden.

Cuando llegaron a Jerusalén, en el año 1118, la ciudad estaba en manos de los cristianos desde hacía algún tiempo y el rey Balduino II los recibió con gran honor. Hugo de Payens propuso al rey crear una orden que protegiera a los peregrinos que iban a Tierra Santa: él y ocho caballeros ofrecían su vida y sus armas para este propósito. La idea satisfizo profundamente al rey y entregó a los caballeros la gran mezquita de Al-Aqsa, construida sobre el solar del templo de Salomón, uno de los lugares más sagrados de la Tierra, que les daría su nombre. Y allí permanecieron durante unos años. Hay quien cree que durante este tiempo los primeros templarios encontraron tesoros escondidos pertenecientes al antiguo templo de Salomón.

En 1125, el conde Hugo de Champaña viajó a Jerusalén y se unió a la Orden del Temple. Y en 1127 partieron todos a Europa, donde recorrieron los diferentes reinos cristianos y tejieron una red de relaciones con la mayoría de soberanos, buena parte de la nobleza y los principales poderes eclesiásticos, incluyendo al propio Papa. Resulta difícil saber cómo lo consiguieron en un tiempo tan breve.

La importancia del año 1000

En la Edad Media, el ser humano se sentía, la mayoría de las veces, como un pecador y se veía a sí mismo como un miserable, con sus enfermedades y sus viejas y malolientes vestimentas. Había poca esperanza de un futuro mejor, y el temor de caer en el mismísimo infierno eterno era real.

La llegada del final del milenio era una gran amenaza, pues temían que acaeciera el día del Juicio Final, según las visiones de Juan en el Apocalipsis. La gente de la época buscó, con más fervor, la protección de Dios y empezó a construir más iglesias y a peregrinar, desde todos los países de Europa, hacia Jerusalén.

Se ha especulado sobre la idea de que, mientras los primeros templarios permanecían en Jerusalén, el conde de Champaña habría estado, junto al abad Bernardo de Claraval, en contacto con eruditos judíos que podrían haber ayudado después a descifrar la documentación misteriosa que los templarios trajeron de Tierra Santa.

Bernardo de Claraval y la fundación de la orden de los templarios

En 1129 se convocó un concilio en Troyes para ratificar la creación de la Orden del Temple con todos los honores y el beneplácito de la Iglesia, y el encargado de redactar la regla por la que se regiría sería Bernardo de Claraval.

La orden tenía que obedecer y servir sólo al Papa y debían respetar estrictamente tres votos: **castidad, obediencia y pobreza**. Hugo de Payens fue el primer gran maestro, al que sucederían once o doce maestros más hasta el fin de la orden en el año 1314. La orden de los templarios salió del Concilio de Troyes convertida en la gran esperanza de la Iglesia. La euforia que se despertó en torno a ella a partir de entonces fue extraordinaria.

Bernardo de Claraval es una figura ambivalente y enigmática, pero es ante todo un gran pensador y orador. En una época en la que la situación religiosa era difícil, su figura llegó a tener un gran prestigio dentro de la Iglesia. Extendió el Císter por toda Europa, mientras mantenía una constante relación con papas, reyes y obispos.

Bernardo fue un gran valedor de los templarios. Aquellos caballeros que marcharon a Tierra Santa no eran unos extraños para él; el mismo Hugo de Payens era primo suyo y el conde de Champaña, un gran amigo que financió la orden cisterciense.

En 1153, cuando él murió, la orden seguía prosperando ampliamente y por todas partes los templarios eran valorados como defensores, gestores y consejeros.

El poder de la orden

Desde la creación de la orden las donaciones no cesaron: papas, monarcas, nobles e incluso gente del pueblo. Jaime I de Aragón también dejó sus joyas, y las de su esposa Violante, a cargo de los templarios en su castillo de Monzón.

Los templarios tenían acuñada su propia moneda, en la que aparecen dos caballeros sobre un mismo caballo. Una imagen cargada de significación, como la conciencia del trabajo cooperativo o la dualidad de la naturaleza divina y humana.

Su capacidad financiera y monetaria llegó a ser muy grande y, por ejemplo, les permitió remodelar barrios enteros en ciudades como París, Londres o Barcelona, donde eran propietarios de decenas de casas y tiendas que alquilaban a particulares.

Sin embargo, a pesar de sus muchas actividades financieras y de las constantes donaciones que recibían, resulta difícil explicar suficientemente el rapidísimo crecimiento económico que tuvo la orden y la acumulación de riqueza tan grande que llegó a tener. Otro de los misterios que rodea a los templarios es el de saber de dónde provenía esa capacidad de gestión económica y financiera tan espectacular para la época.

Pero, sea como fuere, lo que sí es innegable es que eran una gran fuerza económica en los siglos XII y XIII, y no es descabellado pensar que fueran ellos los financiadores de las catedrales, mientras los nobles y los monarcas destinaban sus recursos a su aparato de guerra y a su caro estilo de vida.

La Orden del Temple llegó a poseer también un potentísimo poder militar con el que defendían los territorios cristianos del enemigo musulmán en Tierra Santa y en la península ibérica. Muestra de su poder es que su flota militar era superior a la de cualquier reino existente en la época. En este campo, el de la navegación, sorprende que su puerto principal no se encontrara en el Mediterráneo, donde se centraban las contiendas militares, sino en el Atlántico, mirando hacia el oeste, en la población francesa de La Rochelle.

Con el paso de los años, la orden reclutó nuevos miembros con criterios no tan estrictos como en su origen y los grandes ideales iniciales se fueron perdiendo. Algunos templarios fueron excluidos por su desobediencia y malas costumbres y, como venganza, divulgaron mentiras sobre la orden, y surgieron conspiraciones en muchos lugares.

El rey francés Felipe el Hermoso, profundamente endeudado con los templarios y fuertemente preocupado por su poder, buscó pruebas contra la orden y las encontró a menudo gracias a los templarios renegados. En 1312, el Papa Clemente V aceptó la presión de Felipe el Hermoso y la Orden del Temple fue disuelta. Sus miembros fueron dispersados o condenados a la hoguera, y toda su documentación desapareció.

¿Qué era el templo de Salomón?

Salomón, hijo de David y rey de los judíos, cuyo signo es la estrella de seis puntas, escribió el magnífico "*Cantar de los Cantares*", un escrito del "*Paraíso*", que contiene muchos secretos de la sabiduría oriental.

Hiram, el fenicio, había recibido la orden de Salomón de ejecutar los planes y la construcción de un palacio magnífico en honor a Dios. El palacio se empezó a mediados del siglo X a.C. y su construcción duró siete años.

El palacio contenía tesoros de oro incalculables y, bajo tierra, se encontraba un lugar santísimo, al cual sólo tenían acceso el gran sacerdote y el rey. Desconocemos lo que se encontraba allí: si se trataba concretamente de uno de los elementos descritos en la Biblia, como las Tablas de la Ley de Moisés o el Arca, o tal vez un elemento distinto que era una valiosísima fuente de conocimiento.

El templo fue primero destruido por Nabucodonosor, tal vez incendiado. Casi seis siglos más tarde, Herodes reconstruyó una copia magnífica del templo, pero de nuevo fue destruido por Nerón. 70 años después de Cristo, Tito dejó Jerusalén con los restos del templo en llamas.

Cuando llegaron los templarios, más de mil años más tarde, encontraron en el lugar del templo sólo un muro de duelo (lo que hoy conocemos como el *Muro de las Lamentaciones*), los establos subterráneos y la cripta.

El tesoro en las catedrales

Si pensamos de nuevo en la catedral gótica, podemos verla como **un gran mensaje**; toda ella nos habla: las piedras, la luz, los símbolos, los puntos de energía... Pero el mensaje que nos trasmite debe entenderse como la página de **un libro abierto**, donde los capítulos que van de una a otra catedral no son correlativos.

Es muy posible que los templarios fueran poseedores de un gran conocimiento, quizás descubierto o redescubierto en Jerusalén. También es muy probable que estuvieran directamente implicados en la construcción de las catedrales góticas y que incluso mantuvieran un constante vínculo con las cofradías de constructores. Si esto es así, como diferentes autores apuntan, los templarios habrían orquestado la transmisión de **un gran conocimiento** a través de la construcción de las catedrales. Un saber que habría empezado a surgir con la arquitectura románica para despertar en un "*bosque*" de catedrales e iglesias góticas.

¿Terminó la misión de los templarios cuando se acabaron de construir las catedrales?

Vayamos y escuchemos estas piedras que nos cantan, testigos de la sabiduría y del amor de nuestros antepasados, como una sinfonía de estrellas en la Tierra.

"Todo lo que el ser humano en la Edad Media había creído que era importante, lo había esculpido en piedra." Víctor Hugo

Bibliografía

- "Les Mystères Templiers", Louis Charpentier, ed. Robert Laffont, 1967.
- "El enigma de la catedral de Chartres", Louis Charpentier, Plaza y Janés colecc., 1973.
- "La otra historia de los templarios", Michel Lamy, Martínez Roca ediciones, 1999.
- "L'art templier des cathédrales: celtisme et tradition universelle", Robert Graffin, ed. Chartres, 1993.
- "Los templarios están entre nosotros", Gérard de Sède, ed. Sirio, 2000.
- "Las estrellas de Compostela", Henri Vincent, ed. Luciérnaga, 1998.
- "Breve historia de la Orden del Temple", José Luis Corral, ed. Quinteto, 2009.
- "La meta secreta de los templarios", Juan G. Atienza, ed. Martínez Roca, 2004.
- "Los caballeros templarios", Beatriz Segura y Peter Schmidt. Autoedición, junio 2010.